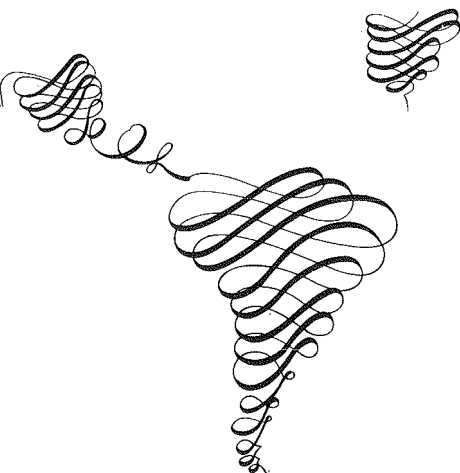




¿Qué debe ser la izquierda?

Diego López Garrido *

NO voy a dilatar la respuesta a la pregunta que da título a este trabajo. La izquierda es, a mi juicio, aquel conjunto de fuerzas sociales y políticas que, en cada momento histórico, se proponen los tres ideales universales que dieron vida a la Revolución francesa, la más universal de las revoluciones, igualdad, libertad y fraternidad. Éste es el ideario incorruptible de algo que quiera ser llamado izquierda. Ningún tipo de compromiso o pacto debe prostituir el que éstos sean los objetivos últimos, extensibles al conjunto de nuestro planeta, de la verdadera izquierda. Debe perseguir la igualdad real; debe lograr la libertad interior y exterior de los individuos; debe aplicar sus políticas con la vista puesta en la necesaria solidaridad de todos los que contribuyen a hacer de nuestra vida diaria una realidad.

Con todas sus insuficiencias y con todos sus errores, la izquierda, que toma carta de naturaleza en el siglo XIX, basada en un principio en el pensamiento marxiano, va a ir desarrollándose en todo nuestro siglo hasta el punto de que a éste yo lo llamaría el «siglo de la Izquierda». El siglo XX

* Letrado de las Cortes. Catedrático de Derecho (Universidad Castilla-La Mancha). Diputado de IU por Madrid.

no podría comprenderse, ni en el plano social, ni en el plano económico, ni siquiera en el plano científico, sin la presencia de la filosofía en la que tradicionalmente se ha basado la izquierda.

Sin embargo, este fin de siglo, tan complejo, contradictorio, doloroso y apasionante, parece alumbrar una poderosísima crisis en el seno de la izquierda. Una crisis de identidad sobre qué aporta la izquierda, sobre qué espera el mundo de quienes nos reclamamos de la izquierda.

Una izquierda plural

EN realidad, la izquierda ha sido muchas cosas en nuestro siglo, y especialmente en el continente europeo. Acostumbrados a una visión eurocéntrica del mundo, quizá no nos damos cuenta de que el concepto de la izquierda ha tenido su modelo teórico y práctico más acabado en Europa. Es cierto que los ideales del socialismo han traspasado sobradamente las fronteras continentales y se han extendido a todo el mundo. Sin embargo, la matriz última, la raíz originaria de este formidable movimiento social y político está en Europa. Y en esta Europa ha habido diversos acontecimientos condicionados por la intervención de la izquierda. Ha habido diversas izquierdas.

Ha habido un primer triunfo de las pretensiones de la izquierda —transitorio— en los llamados países del socialismo real comunistas, en la Europa del Este, a partir de 1917 en la Unión Soviética y después de la Segunda Guerra Mundial en los demás países del telón de acero. Ha sido, sin duda, una experiencia atribuible a tradiciones que surgían de la izquierda. No es una experiencia que podamos honradamente endosar al conservadurismo, a la derecha. El socialismo real fue una criatura de impulsos desde la izquierda, para bien y para mal. Fue la posibilidad de implantar la estatalización completa de los medios de producción; la desaparición de cualquier partido de vinculaciones burguesas. Hubo posibilidades de hacer un experimento de laboratorio y acabó en un fracaso de proporciones históricas. A partir de la caída del muro de Berlín ya no cabe considerar como modelo —más bien como un antimodelo— el partido único, supuestamente de los trabajadores, o la apropiación estatal de cualquier medio de producción, unida a la total planificación de la vida económica.

Pero la existencia de ese modelo de «socialismo real» funcionó, segura-

mente, como un espantapájaros que asustó de tal modo al establecimiento conservador en el mundo occidental, que hizo posible una experiencia como la del Estado de Bienestar. Efectivamente, después de la Segunda Guerra Mundial, y con base en las teorías keynesianas, creció en el Centro y Norte de Europa un potente desarrollo de políticas públicas que transformaron profundamente la vida política y económica de los Estados, creció inconteniblemente la capacidad recaudatoria fiscal y creció, al mismo tiempo, la capacidad redistributiva del estado a través de sistemas sofisticados de protección social y a través del control público de los grandes servicios. El modelo del Estado de bienestar alemán o sueco terminó convirtiéndose en un mito, pero faltaba que se extendiese al Sur de Europa.

Esto es lo que sucedió, definitivamente, en los años 80. En la década de los 80 los partidos socialistas llegan al poder, con tiempo por delante, en Francia, en Italia parcialmente, en España, en Portugal, en Grecia. Pero, sorprendentemente, los partidos socialistas del Sur de Europa mostraron, durante su época de gobierno, una incontenible atracción por políticas neoliberales, extraordinariamente pragmáticas. Los inmigrantes fueron repelidos y maltratados, la política de nacionalizaciones desapareció, los derechos civiles se resintieron, todo en aras de una eficacia económica que se veía, sin embargo, fuertemente contestada cuando se empezaron a ver casos de corrupción sistemática. La dialéctica gobierno-oposición tomó carta de naturaleza por encima de la relación representativa entre gobierno y ciudadanos. La pasión ciega por el mercado terminó por horadar, cuando ni siquiera casi ni se acababa de construir, el Estado de Bienestar. La experiencia española del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) es un ejemplo de una mezcla explosiva entre políticas socialdemócratas de crecimiento de ingresos y gastos públicos y prácticas clientelares, trufadas de episodios de corrupción, vinculadas estrechamente a políticas nítidamente liberales y monetaristas, como el ejemplo de la peseta fuerte y de los tipos de interés altísimos de la época Solchaga, que, en nuestro país, han sido los padres de millones de parados.

Una izquierda agotada

HOY nos encontramos, cuando enfilamos el fin de siglo, con un ostensible agotamiento de las políticas públi-

cas de la izquierda, con un cansancio de los objetivos democráticos de ésta, con un crecimiento incontenible de las fórmulas liberalizadoras y las propuestas de desaparición —aunque todavía nadie se atreva a formularlo tan brutalmente— del Estado Social. Véase el ejemplo Berlusconi en Italia. Véase la crisis profunda en la que está embarrancado el socialismo español o su homólogo francés. Véanse las experiencias de gobiernos conservadores, que dominan en el panorama de la Unión Europea.

¿Tiene alternativas la izquierda para el momento presente? Si hemos de ser sinceros, deberemos reconocer que la izquierda, el conjunto de la izquierda, no sólo la socialista sino todas las izquierdas, cada vez más plurales, que se desarrollan en nuestro continente, sufren de una clamorosa falta de ideas con verdadera credibilidad para volver a ilusionar y apasionar a millones de personas en un proyecto que busque decididamente, y con perspectivas a corto o medio plazo, la igualdad, la libertad o la solidaridad.

Por eso es el momento de repensar la izquierda. Es el momento de reestudiar la forma en la que se puede mantener, con el máximo de prestaciones, los sistemas de Seguridad Social que durante tanto tiempo han constituido el elemento más nucleador e integrador de la vida asociada en los países de nuestro entorno.

Hay que volver a pensar en la idea de trabajo. En el reparto del trabajo, en la relación entre salario y condiciones de trabajo. Ello unido a la idea de empresa que ya no puede, para la izquierda, ser por más tiempo un lugar de mera reivindicación.

Hay que repensar el sistema financiero, que se ha «escapado» de la economía real y que amenaza con destruir a ésta. Éste es uno de los grandes desafíos para la izquierda: embridar el sistema financiero, ponerlo al servicio de la colectividad. Las experiencias internacionales coinciden en que cuando el sistema financiero ha monopolizado imperialistamente la vida económica se producen daños irreparables al conjunto del sistema productivo real, a la economía industrial.

Hay que volver a pensar sobre el papel de los medios de comunicación, ya ni siquiera el cuarto poder sino a veces «primer» poder. La política está *mediada* por los grandes medios de comunicación de masas. La información como mercancía invade nuestra percepción de la realidad. La cultura está condicionada también por los medios de comunicación. Hay una amenaza de que el sufragio universal se vea sustituido por la «telecracia». La llegada al poder de Berlusconi en Italia no es una casuali-

dad. Tiene mucho que ver con el nuevo papel de los medios de comunicación en nuestras sociedades.

Una izquierda renovada

HAY que buscar un nuevo equilibrio entre mercado y Estado. No se trata de demonizar el mercado, pero no es posible ir a la divinización del mismo. Aquí tiene la izquierda otro de sus grandes desafíos. Poner el mercado al servicio de los ideales de la solidaridad.

Hay que repensar el papel de los partidos políticos que se alejan progresivamente de su base social, que se convierten en maquinarias autónomas en sí mismas, demasiadas veces en fuentes de corrupción. Los partidos políticos amenazan con ser el germen de una deslegitimación de todo el conjunto del sistema democrático y esto hace absolutamente urgente su replanteamiento, su democratización profunda, su apertura a la participación política e incluso al control externo, a la total transparencia de sus acciones e iniciativas.

Y en el fondo de todo lo anterior, de nuevo la cuestión ética. Una izquierda que no apueste por ser siempre la conciencia moral de la sociedad, el alma de la vida ciudadana, no merece ese nombre. La izquierda tiene que demostrar en una sociedad democrática, si quiere recibir el apoyo electoral ciudadano, que es capaz de llevar más bienestar al conjunto de la sociedad que las fuerzas conservadoras. Pero, para ello, hay un punto de partida insoslayable que *nunca* se puede traspasar. Es la ética pública en la ejecutoria de las políticas.

De una izquierda que gobierna se espera que aporte seguridad. Se espera que aporte eficacia. Se espera que prepare el porvenir. Pero también se espera que mantenga la solidaridad frente a la ley de la jungla, y que no la sacrifique al puro pragmatismo. Sobre todo, se espera que predominen los valores de la moral pública en lo que la izquierda se juega su propia razón de ser, su propia existencia. Por eso podría decirse que la izquierda del siglo XXI debe *«girar a la izquierda»*.

Este giro, que diferencia a la derecha de la izquierda, implica no renunciar a una fuerte intervención del Estado en la economía. Una intervención que no significa la estatización de la producción, ni la planificación rígida de toda la economía, pero que supone poner el conjunto de

ésta en la órbita de una orientación pública, en donde el aparato estatal sea sometido al juicio crítico del control de la opinión pública.

La izquierda tiene que buscar una radicalización de la defensa de las libertades. Sin duda que, afortunadamente, ninguna derecha podría hoy admitir que no defenderá las libertades. La diferencia con la izquierda es que ésta las defenderá con decisión, sin concesiones, con un cierto *fundamentalismo*, como valores absolutos que hacen de la vida algo digno de ser vivido. La izquierda, en fin, tiene que universalizar los servicios sociales. Tiene que hacer eso con el transporte, con la sanidad, con la educación. La izquierda tiene que perseguir, en última instancia, un reequilibrio social, tiene que mantener un sistema público de Seguridad Social, en donde el Estado actúe de último asegurador.

Estos son los objetivos esenciales de la izquierda. Si el conseguirlo implica una burocratización asfixiante, una falta de la mínima flexibilidad, una ineficacia que lleva al empobrecimiento, entonces es claro que, en un sistema democrático, otras opciones ganarán la partida. La encrucijada en la que está situada la izquierda es, precisamente, lograr sus objetivos sin que se den estas lacras. La izquierda puede hacerlo. Puede conseguir salir reforzada de esta crisis. Pero ello exige un enérgico ejercicio de imaginación, de afianzamiento de los valores éticos, de la recuperación de la ilusión de la gente, de la máxima generosidad política. La izquierda tiene que recuperar su capacidad de seducción social y política. Ésa es la izquierda que nuestra sociedad merece.